

## EDUARDO RUIZ

Oriundo de Paracho, Mich., en donde vio la luz el 22 de mayo de 1839, falleció en Uruapan, Mich., el 16 de noviembre de 1902.

Abogado, diputado federal. Actuó en la judicatura como Juez de Paz, Procurador General de la Nación y Ministro de la Suprema Corte de Justicia hasta el momento de su muerte. Figuró en los ejércitos republicanos al lado de Vicente Riva Palacio y de Nicolás de Régules, de cuya actividad estuvo bien informado y de donde deriva su nítida visión acerca de la intervención francesa en Michoacán que se ve en la principal de sus obras, *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán* (1896 y 1940); como descriptor de su tierra natal dejó un bello libro en dos volúmenes: *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas* (1891 y 1940); una seria *Biografía del C. Melchor Ocampo* (1882) y otras obras más escritas con agilidad y donosura, como su novela *Un idilio a través de la guerra*.

Le han estudiado: Manuel Cruzado, *Bibliografía Jurídica Mexicana*, México, Tip. de la Oficina Imp. de Estampillas, 1905, [4]-385 p.; José F. Godoy, *Enciclopedia biográfica de contemporáneos*, Washington, Establecimiento Tip. de Thos. W. Cadick, 1898, 322 p.; Juan B. Iguiniz en su *Bibliografía de Novelistas mexicanos...*; Lázaro Pavía, *Apuntes biográficos de los miembros más distinguidos del Poder Judicial de la República Mexicana*, T. I. México, Tip. y Lit. de F. Barroso, Hermano y Co. 1893, 510, II p. ils.; y también Ireneo Paz en *Los Hombres Prominentes de México*, México, Imp. y Lit. de La Patria, 1888, 488, II p. ils.

Fuente: Eduardo Ruiz. *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*. 2a. ed. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1940. X-744 p. ils. p. 355-375.

### REGULES, LOS BELGAS Y TACAMBARO

En el curso de este capítulo va a prestarme poderoso contingente un libro publicado por Ch. Loomans, suboficial belga que fue prisionero de nuestras tropas. La obra se titula *Ocho meses de cautividad entre los indios de México*. Aunque el autor incurre en el vicio, común a muchos escritores extranjeros, de juzgar de las cosas y de los habitantes de México sin exacto conocimiento de causa, de llevarse de impresiones puramente personales, y además, se deja arrastrar con frecuencia del despecho que a él y a sus compañeros produjo la

derrota que voy a narrar, contiene, sin embargo, revelaciones de grande importancia, datos curiosos y preciosas confesiones.

Los destacamentos belgas habían comenzado a llegar a México en fines de 1864. Al principiar el de 1865 estaba ya integrada la legión. Tenía un jefe de primer orden, el teniente coronel Van der Smissen, hoy general en jefe del ejército de Bélgica, y los oficiales eran excelentes. La legión belga, llamada también Regimiento de la Emperatriz Carlota, fue enviada a Michoacán; parte tomó el camino de Zitácuaro y la otra avanzó hasta Morelia, a donde llegó el día 10. de abril. Serían las once de la mañana cuando hizo su entrada, tambor batiente y flotando al viento la bandera. Los apuestos soldados llamaron la atención por su elevada estatura, su juventud, su gallardía y su marcial continente. No dejaba de ser parte de esta simpática expresión su uniforme, que consistía en pantalón corto y pelliza de paño azul, polainas blancas que subían hasta el extremo inferior del pantalón, y un sombrero de fieltro negro, de figura cónica, con un plumaje de vistosas plumas de gallo.

La columna se componía de dos batallones. Uno de éstos, al mando del mayor Tydgat, salió de Morelia rumbo a Tacámbaro en la mañana del 3 de abril; marchó con ellos un escuadrón de dragones *mexicanos*, y llevaban un pelotón de artilleros con una pieza rayada. Al abandonar la plaza salieron por la calle que conduce a la garita de Santa Catarina, tocando sus clarines y tambores. Revelaban en sus semblantes el juvenil entusiasmo de los que piensan que van a cumplir gloriosos destinos.

Vencieron la primera jornada en Acuitzio. Los belgas y la artillería se alojaron en el cementerio, por estar sólidamente bardeado, aunque no había necesidad de esta precaución, supuesto que el enemigo estaba lejos.

En general los soldados extranjeros de la intervención no eran muy respetuosos que digamos con las cosas sagradas, no obstante que vinieron a México como defensores de la religión. Semejante conducta causó más de un desengaño.

He aquí cómo da cuenta el escritor belga de la llegada a Acuitzio:

“Acampamos en el cementerio, y para hacer nuestras fogatas nos apoderamos de todas las cruces de madera que había en los sepulcros... Es demasiado iconoclasta el hecho; pero la verdad es que, sin tener en cuenta la devoción, quemamos las cruces de las sepulturas de Acuitzio, a fin de proveernos en aquel lugar fúnebre de una agradable taza de café.”

Tres días permancieron los belgas en aquella población, cuyo nombre les es hoy de grata memoria por haberse celebrado allí, ocho meses después, su canje con los prisioneros republicanos.

A las ocho de la noche del día 6 se mandó levantar el campo y marchar con el mayor silencio. La tropa penetró con bravura en la densa obscuridad de los bosques.

“¡Qué noche! —dice el escritor belga—. No se veían unos a otros los soldados. Marchaban como ciegos, chocando contra las ramas de los árboles, haciendo pedazos el calzado en las piedras de la ruta, estorbándose al andar.

“De repente se oyó un disparo.”

“¡El enemigo! Un enemigo invisible; los belgas experimentaron todas las sensaciones del peligro de lo desconocido. A la orden de cargar las carabinas sintieron como si hubiesen recibido un choque eléctrico. Por dondequiera se oían estas palabras: «¡Ahí está el enemigo!»”

El clarín dio el toque de carga.

Los belgas se lanzaron con denuedo hacia delante empujándose en medio de las tinieblas, prorrumpiendo en gritos de entusiasmo, deseando cada uno ser el primero en disparar su arma. En aquella confusión arrollaron el piquete de artillería tan precipitadamente y con tal empuje, que artilleros, cañón y cajas de parque rodaron a una barranca; pero el campo quedó libre para batir al enemigo, a aquel fantasma que se presentaba en el profundo bosque de pinos. Llenos de cólera marcial, estaban ansiosos de escuchar el toque de *fuego*.

Sonó el clarín mandando hacer *alto*. Un oficial *mexicano* del escuadrón de caballería se presentó en medio de la columna y con voz de trueno exclamó que *no había enemigo*.

Algún cazador errante había disparado aquel tiro que causó alarma, alarma que produjo en el jefe de la columna la persuasión de que contaba con soldados decididos y prontos al combate.

Al día siguiente (7 de abril), los expedicionarios hicieron su entrada en Tacámbaro y se instalaron en los portales de la gran plaza de la ciudad, entregándose a poco en brazos del sueño y de un reposo dulce y reparador. La jornada había sido fatigosa.

Estaba por fin ocupada aquella población, asilo hospitalario de las fuerzas republicanas.

Pero si aquella mansión es un vergel primoroso, en cambio como plaza militar no puede ser más detestable. Es casi un

embudo, merced a las montañas y colinas que la rodean. Por tal motivo, nuestras tropas jamás esperaron al enemigo dentro de la ciudad, sino que le ofrecían la batalla en los alrededores. Los belgas han querido alegar esta circunstancia para atenuar su derrota del 11 de abril, atribuyendo a perfidia del jefe que mandaba en Morelia haberlos enviado a Tacámbaro de guarnición. Acaso haya en efecto algo de verdad en este modo de juzgar; ni desmiento ni confirmo la especie; pero los *chinacos* no batieron la plaza desde los puntos dominantes. Penetraron en la ciudad y, a pecho descubierto, dieron el asalto a las inexpugnables fortificaciones, colocándose los asaltantes dentro del mismo embudo en que se hallaban los defensores.

Apenas amaneció el día 8, cuando los belgas tomaron sus posiciones, ocupando la parroquia con sus dependencias, todo lo cual pertenecía al antiguo convento de agustinos. Ocuparon también una casa contigua y el atrio del templo, bajo la protección de un muro de dos metros de altura que aspillaron inmediatamente. Además, a otro día los soldados levantaron un segundo parapeto en frente del atrio completando así un buen sistema de obras de defensa. Entretanto, sus exploradores reconocían minuciosamente el terreno, dentro y fuera de la ciudad, “convenciéndose la tropa de que nada por allí tenía el aire de ocultar la serpiente bajo la hierba”.

Sin embargo, los belgas no estaban tranquilos, ni siquiera por las noticias exactas que tenían de que la única fuerza respetable de los disidentes, la que mandaba el general Régules, se había internado en el corazón de Michoacán y era activamente perseguida por el coronel, conde de Potier. Por otra parte, en caso de ser atacados, podrían contar con el auxilio de las tropas imperiales de Morelia y más prontamente con el de las de Pátzcuaro que sólo dista de Tacámbaro unas catorce leguas.

No hay que olvidar que el Regimiento de la Emperatriz tenía el mejor armamento y que contaba con un gran depósito de municiones de guerra. Nuestras tropas, en cambio, estaban compuestas de soldados en una gran parte recién cogidos de leva, con poco y mal armamento y sin más parque que el que contenían las cartucheras.

Había, pues, motivo bastante para que la guarnición estuviese tranquila; pero vagos rumores, cuyo origen era desconocido y que, sin saberse por qué, tomaban más y más consistencia, hacían pensar a los belgas en un próximo peligro.

En la tarde del día 10 creyeron observar que los vecinos entraban en inusitada animación y formaban corrillos; no faltó quien dijese a los belgas que los chinacos tan pronto estaban a cien leguas de distancia, como, cuando menos se les esperaba, aparecían en las goteras de la ciudad.

De repente, en el interior del atrio, los caballos y acémilas de la fuerza comenzaron a relinchar y daban muestras de espanto, sin que hubiese causa para ello, lo cual entre los soldados es señal de que no está lejos el enemigo.

En virtud de semejante estado de alarma, las partidas de exploradores batieron de nuevo el campo y se retiraron sin novedad, replegándose, empero, dentro del recinto fortificado. Parecía como si el genio invisible del pánico, semejante a un vampiro siniestro, cerniese sus alas sobre los defensores de la plaza.

Entonces pasó un hecho que jamás podrán justificar los partidarios del Imperio.

Vivía en Tacámbaro la familia del general Régules, no habiendo podido permanecer en Morelia, porque en su odio contra los disidentes, nada perdonaban los jefes intervencionistas. La familia se componía de la señora Soledad Solórzano, esposa del general, y de sus tres hijos, Fidel, Juanita y Teresa. En mala hora había entre los belgas un médico militar, el doctor Lejeune, impresionable hasta la nerviosidad y precavido en toda la extensión de la palabra. Este hombre aconsejó al mayor Tydgat que se apoderase de aquella familia, conservándola dentro de la fortaleza, como una garantía contra todo ataque.

Advierto que en esta parte de la narración tomo los datos que suministra Mr. Ch. Loomans en su libro ya citado, y repito que aquel escritor se hallaba formando parte de la fuerza belga, de guarnición en Tacámbaro. Para disculpar el atentado dice que aquella señora estaba señalada como sospechosa, que en su casa se encontraron algunas armas y monturas, y que interrogada sobre la procedencia de tales objetos, no quiso dar respuesta alguna. Como si en la casa de un general en campaña y una población que servía de cuartel a sus tropas fuera extraño que hubiese algún material de guerra.

Tomada, pues, tan importante y necesaria precaución, ya pudieron los belgas dormir tranquilamente la noche del 10 de abril de 1865, dentro de la iglesia parroquial de Tacámbaro.

Por su parte, Régules, a quien dejamos en el capítulo anterior trasponiendo el alto lomerío de Santiago de Undameo ante la vista atónita de los morelianos, continuó su camino,

y al anochecer se incorporó a su infantería, que se encontraba en Atécuaro.

Desde Zinapécuaro había sabido que un regimiento belga se hallaba en Tacámbaro, y mientras los soldados de su división descansaban unas cuantas horas, estuvo dictando algunas órdenes: varios oficiales de su confianza, disfrazados de *ancheteros*, salieron de Atécuaro hacia Morelia y Tacámbaro.

El general emprendió la marcha a las once de la noche, y entre siete y ocho de la mañana del día 10 estaba en la Congregación de Cruz de Caminos, en aquel paraje agreste y solitario en que una naturaleza llena de majestad convida al silencio.

Allí vivaquearon nuestras tropas durante el día, y se recomendó a los soldados que durmiesen el mayor tiempo que quisieran. A la hora oportuna se les sirvió un rancho abundante. En la tarde estaban ya todos despiertos. Los sargentos dieron el ejemplo de limpiar las armas, de surtir las cartucheras, de arreglar los *guaraches*. Aquellos preparativos anunciaban un grande acontecimiento.

A las siete de la noche, el general ordenó la marcha, y de nuevo se puso la tropa en movimiento. El terreno es montañoso; así es que el camino bajaba y subía por pendientes cubiertas de pinares. Los soldados comprendían que estaba próxima la hora del combate, y que en esta vez la lucha iba a ser terrible. En circunstancias como aquellas, los soldados, por intuición saben, tanto como sus jefes, a dónde se dirigen, cuál es el enemigo con quien tienen que habérsela, y hasta adivinan el resultado de la lucha. Y sucede también generalmente que, cuando un ejército conoce que se va acercando la hora de dar la batalla, reina silencio en las filas y se camina más de prisa. Los soldados, aun los más valientes, experimentan una sensación que pudiéramos llamar dolorosa; cada uno siente en su alma presentimientos más o menos vagos, y un cuadro completo de recuerdos se desarrolla en su memoria. Pero en aquella noche —la del 10 al 11 de abril— se escuchaban las pláticas animadas y las risas alegres de los *chinacos*; de cuando en cuando una voz más alta exclamaba: ¡a Tacámbaro, a Tacámbaro!

Faltaría media legua para llegar a la ciudad, cuando se acercaron al general unos exploradores acompañados del indio Acosta.

Acosta era el vigía que los republicanos tenían siempre si-

tuado en el rumbo Norte de Tacámbaro, para avisar la aproximación del enemigo, procedente de Morelia o de Pátzcuaro. Acosta era un Argos. Bajo de cuerpo, de fisonomía en que se revelaba la pureza de la raza indígena. Era uno de esos hombres leales en la extensión de la palabra. No sólo servía con fidelidad, sino que había en su pecho un gran fondo de patriotismo, y en su alma mucha inteligencia. Los que estuvimos en Tacámbaro, durante la intervención francesa, debemos recordar con gratitud a cuantos peligros se expuso Acosta para dar aviso oportuno, y cómo lo veíamos llegar corriendo, en solicitud del general en jefe, lo que nos servía para ensillar a toda prisa nuestros caballos y estar en espera de órdenes. Una vez sucedió que el enemigo se aproximaba a todo correr. Acosta comprendió que no tenía tiempo para bajar a Tacámbaro, y desde La Mesa se puso a hacer señales con su frazada y su sombrero. No faltó quien lo viera, y la sorpresa no se llevó a cabo.

Volvamos a la narración. Acosta llegó con los exploradores a donde estaba el general Régules con sus ayudantes. La voz del indio temblaba de cólera.

—Señor —le dijo—, los belgas tienen presa a la señora y a los niños de usted; están dentro de las trincheras.

Un grito de indignación se escapó de los labios de los presentes. La voz serena del general preguntó:

—¿Cuántos son los belgas? ¿Qué armamento tienen? ¿Cómo están las fortificaciones que han construido? Dímelo todo; después hablaremos de Chole.

—Los belgas son trescientos; hay además ochenta dragones de los traidores, y tienen una pieza rayada. Están alarmados porque no conocen el terreno, pero no tienen miedo de batirse. En cuanto a su armamento es magnífico. Antier que fue día de *tianguis* había mucha gente en la plaza, y los belgas se paseaban en grupos: yo, haciéndome disimulado, me acerqué a una de aquellas escoltas de *gringos*, les ofrecí un traguito de aguardiente, y la verdad no se hicieron del rogar; repitieron las copas, y cuando estaban ya muy alegres, les pedía prestada una de sus armas para verla detenidamente. Mi curiosidad les pareció tan sencilla que no pusieron obstáculo y pude examinar sus carabinas que son de gran finura, muy ligeras y todas nuevitas. Los belgas me dijeron que tienen más alcance que los fusiles de los franceses. ¡Qué buenas están para usted, mi general! Lo del largo alcance sólo puede asustar a los que se ponen lejos, ¿o no, mi general?

Régules no pudo menos de sonreír al escuchar estas palabras del indio, no obstante los encontrados pensamientos que bullían en su alma, viendo presentarse la victoria con el sacrificio de la inocente familia aprisionada. En tanto, los jefes de la división que habían ido llegando, unánimes suplicaron a Régules que desistiese del ataque proyectado, a fin de no comprometer la existencia de aquellos seres tan queridos. La luna se había ocultado en aquel momento entre las nubes. Nadie pudo ver el semblante de aquel hombre. Sólo se oyó una voz firme y tranquila que mandaba:

—¡Adelante!

Más de doscientas leguas había recorrido el general Régules en la marcha triunfal que queda referida. Estaba ahora en frente de Tacámbaro, punto de partida, y objeto final de su expedición.

Iba a librar tremendo asalto contra una tropa compuesta de soldados que deseaban el combate, ansiando medir sus armas contra los terribles chinacos, contra los guerrilleros a quienes su imaginación convertía en paladines fantásticos; y en su ambición de gloria, ambicionaban los belgas sobrepasar a los franceses en disciplina y valentía. Provistos de abundantes provisiones y de gran cantidad de parque, y parapetados en inexpugnable y sólido edificio esperaban la hora de la pelea.

Esta hora iba acercándose por momentos; de nuevo los jefes subalternos de Régules le instaron que cambiara su itinerario, dirigiéndose sobre alguna otra de las poblaciones ocupadas por el enemigo. Le hacían patente el riesgo a que iba a exponer a su esposa y a sus hijos, encerrados en el interior del recinto fortificado. El general contestó:

—Señores, a su puesto; todos a cumplir con su deber. ¡Primero es la patria!

Se organizaron las columnas de ataque. Eran cuatro, mandadas por los coroneles Luis Cáceres, Luis Robredo, José María Méndez Olivares y teniente coronel José Vicente Villada. Los caminos de Pátzcuaro, Ario y Morelia quedaron cubiertos por la caballería, mandada por el coronel Miguel Eguiluz, por Garnica y por el teniente coronel Espiridión Trejo.

Había amanecido el día 11. Quienquiera que desde la plaza de Tacámbaro hubiese tenido fija la mirada en La Mesa, habría podido divisar la vislumbre de las bayonetas y la masa oscura y compacta de nuestras tropas formadas en lo alto de aquella colina.

A las cinco de la mañana, el estallido del cañón despertó

a los belgas, que dormían tranquilamente, y que se levantaron de un brinco. Aún duraba el eco del disparo, repercutiendo en los montes vecinos, cuando se dejó oír el segundo cañonazo, que hizo saltar algunas de las piedras de sillería de la truncada torre de la parroquia.

Las avanzadas de los belgas se replegaron a la vista de los primeros chinacos que aparecieron en las calles. Eran éstos los tiradores mandados por el comandante Jesús Villanueva, que avanzaba explorando el terreno.

Al mismo tiempo, las columnas de infantería descendían de La Mesa, con el arma en el brazo, impetuosas como un torrente desbordado. Se dejó oír un grito inmenso: "¡Viva México!"

Los belgas se concentraron en el atrio de la parroquia y en una casa próxima. Sus tiradores ocupaban la torre.

La primera columna de asalto de las tropas republicanas, desembocó frente a las fortificaciones, apareciendo por la esquina de la calle paralela a la fachada de la iglesia.

Entonces el mayor Tydgat dijo a uno de sus oficiales:

—Capitán De Lennoy, creo que la compañía de usted bastará para derrotar a esa *canalla*. ¿Lo oye usted?

—Ciertamente, mayor. —Y dirigiéndose a sus soldados, exclamó:

—Mis amigos, pongámonos a la altura de la misión con que se nos honra. Adelante, ¡a la bayoneta!

La compañía se lanzó fuera de la iglesia como un torbellino. Furiosos, con la cabeza inclinada, a paso de carga, corrieron los belgas al encuentro de los republicanos.

El encuentro fue espantoso. A los disparos de la fusilería, al ataque que inmediatamente se siguió al arma blanca, los hombres caían como soldados de plomo; el suelo se teñía de sangre; se oían horribles maldiciones.

Entretanto seguían bajando las otras columnas de Régules: a los belgas les pareció que aquellos mil quinientos infantes era un ejército incontable, que llegaba como una marea creciente.

Los soldados del capitán De Lennoy fueron reforzados con una nueva compañía para que pudiesen replegarse. Magníficos y serenos ante el peligro, hacían blanco de sus carabinas a nuestros jefes y oficiales.

El general Régules estaba al frente de sus fuerzas; su corcel alazán cayó acribillado por las balas. En el acto montó en el de refresco que tenía de mano su asistente, y el noble animal recibió en aquel momento una bala de cañón que lo dejó

muerto. Entonces el general ocupó el caballo de uno de sus oficiales, y siguió dictando órdenes.

Las dos compañías de belgas se reconcentraron en el atrio, dejando en el lugar del combate el cuerpo inanimado del valiente capitán De Lennoy, que aún tenía el sable en su mano crispada. Estaba rodeado de cadáveres de los suyos.

Encerrados ya los belgas dentro de sus parapetos, el ataque cambió de sistema. Se reforzaron los tiradores de la torre que hacían fuego graneado. El resto, a través de las aspilleras de la fortificación, sostenía también un fuego nutrido. Heridos por aquellos disparos certeros, nuestros soldados caían como cañas abatidas por el huracán. El cañón del enemigo, perfectamente apuntado, enfilaba a nuestros hombres replegados sobre las aceras y que, por su parte, no dejaban descansar el fusil.

En este asalto, el teniente coronel Villada recibió una herida en la cabeza, lo que no le impidió seguir combatiendo. No debo omitir un interesante episodio, cuya oportunidad me parece del momento.

Se hallaba junto a Villada un joven pálido y endeble, a consecuencia de las calenturas intermitentes que sufría; pero, animoso y respirando cólera, no cesaba de descargar su fusil sobre el enemigo. Aquel joven se llamaba Rosendo y era hijo del licenciado don Agustín Jáuregui, una de las víctimas inocentes sacrificadas por la reacción en Tacubaya el 11 de abril de 1859. El joven oficial estaba recién incorporado al ejército republicano, en donde aún no tenía colocación; pero en aquel día del ataque a Tacámbaro suplicó a Villada que le permitiese ir a su lado.

—Hoy es —le decía— el aniversario del fusilamiento de mi padre; ¡quiero vengarle!

Villada no tuvo qué replicar a esta justa demanda. Jáuregui se batió denodadamente, hasta que cayó herido de muerte.

Tres horas duraba ya la tremenda lucha; los belgas parecían invencibles; nuestros cañones no habían logrado abrir una brecha en los duros parapetos. El general Régules mandó entonces al coronel Robredo que se apoderase de la casa contigua a la parroquia, desde donde una fuerza enemiga hacía un fuego vivísimo cruzado con el del reducto principal.

Robredo dio el asalto. Los de la casa la disputaron con obstinado valor. Robredo, el primero, al avanzar, gritaba a sus soldados:

—¡Adentro, los de Zitácuaro! ¡Los que no saben volver la espalda al enemigo!

—¡Adentro! —contestó la tropa— ¡Viva el coronel Robredo! ¡Viva Zitácuaro!

Una descarga cerrada contestó a estos gritos, y Robredo cayó atravesado de dos balazos; uno de los suyos lo arrebató en sus brazos y lo sacó del combate. Un cuarto de hora después, Luis Robredo no existía.

—¡A vengar al coronel! —exclamó Bernal, ocupando el puesto de Robredo.

La tropa contestó con un rugido de rabia, las puertas de la casa cayeron y los *chinacos* quedaron dueños del punto.

Luis Robredo era originario de Nopala, Estado de Hidalgo; él, Romero y Bernal, fueron los jefes de mayor confianza para Riva Palacio, a quien siempre acompañaron, desde las primeras campañas de Zitácuaro.

Entretanto nuestra artillería funcionaba sobre los parapetos de los belgas; sus disparos eran eficaces, como que estaban dirigidos por aquellos tan valientes como tan instruidos artilleros León, Zavala, Pineda y Cortés, que en servicio de Michoacán habían hecho tantas campañas, los dos primeros desde la guerra contra los americanos y los últimos desde la revolución de Ayutla.

En el instante que creyó oportuno el general, ordenó un nuevo asalto sobre el atrio. Se oyó el unísono fuego de la fusilería; las columnas, a paso de carga, se precipitaron sobre las trincheras; el ataque se empeñó reñidísimo. La plaza estaba llena de humo denso, pesado, obscuro; de cuando en cuando algunos rayos de sol se reflejaban en las bayonetas, produciendo un brillo intermitente y siniestro.

Nuestros soldados luchaban como leones; los belgas se defendían como águilas heridas.

De repente surgió de los parapetos una bandera blanca. Los clarines tocaron parlamento. Cesó el fuego en toda la línea de combate.

En medio de aquel silencio momentáneo y solemne, parecía como que bajaba a la tierra el ángel de la paz.

No quiero ser yo quien refiera lo que pasó en seguida. Oigamos al escritor belga:

“Decididamente ya no teníamos esperanza de salvarnos de aquel avispero: fue preciso parlamentar.

“Se enarboló la bandera blanca en el extremo de una carabina...

“Del lado del enemigo cesó completamente el fuego.

“Un jinete *chinaco* llegó a galope frente a la fachada, sin duda para escuchar nuestras condiciones de capitulación, cuando de nuestro lado pasó alguna cosa de una estupidez imprudente... ¡se rompió el fuego sobre el parlamentario!

“Declaro que este acto insensato fue cometido por alguno de nuestros camaradas, soldados bisoños que no conocían absolutamente las leyes de la guerra, ni las prácticas internacionales que rigen la exhibición de una bandera blanca, ni la significación que esto tiene.

“Pero la fatal imprudencia estaba realizada, y el jinete indio, que dichosamente salió ileso de la descarga, no se detuvo a pedir explicaciones. Arrendó su caballo con un movimiento furioso y fue a decir a los suyos la manera con que los belgas observaban los usos de la guerra en materia de rendición.”

Debo rectificar en ciertos puntos la versión del escritor belga. No faltó uno de los prisioneros que en aquel día cayeron en poder de nuestra tropa, que, por temor o por simple delación, manifestase que la orden de romper el fuego, al estar izada la bandera blanca, había procedido del doctor Lejeune. El general Régules no envió a ningún parlamentario a tratar con los belgas. El coronel Jesús Gómez lo hizo sin misión especial. Lo que de parte de nuestras tropas pasó fue que nuestros soldados más avanzados, a inmediaciones del foso, llenos de confianza al ver la bandera, se levantaron, pues estaban pecho a tierra, y al verificarlo fue cuando el enemigo rompió el fuego, siendo de advertir que las bandas de los republicanos tocaban la aceptación del parlamento. Más de treinta de nuestros soldados cayeron muertos o heridos a consecuencia de aquella felonía.

Un grito de furor y de venganza salió de las filas de nuestro ejército.

El parque estaba ya casi agotado, y sin embargo, todos los batallones avanzaron en un solo movimiento y prepararon sobre los parapetos. Villada por el frente, Cáceres por el costado derecho, por el izquierdo Méndez Olivares, y por la espalda de la parroquia el comandante Pablo Jiménez. No se escuchaba más que un solo disparo, sordo, amenazador, como el aliento jadeante de la muerte; el espacio parecía saturado de blasfemias; se oía el silbido de las balas que se esparcía por todos los ámbitos de la ciudad.

En aquel solemne instante, del techo de una casa contigua se vio surgir, elevándose al cielo, una inmensa llamarada desprendida de una nube de humo. Era la casa del comandante del batallón don Tiburcio Mejía, incendiada por él mismo para que se trasmitiese el fuego al templo parroquial. Un grito unánime de los asaltantes y de los sitiados acogió, con entusiasmo por los unos, y con terror por los otros, aquel acto de sublime abnegación.

El ejemplo fue seguido. El valiente Jesús Villanueva, comandante de los patriotas de Quiroga, traspasó el parapeto con el fusil armado de bayoneta en una mano y en la otra una tea inflamada, y envuelto en la lluvia de proyectiles, puso fuego a la puerta de la parroquia. Aquel jefe, Jiménez y Rivera, penetraron los primeros por entre las llamas, batiéndose palmo a palmo con los belgas; unos y otros jugaban el todo por el todo. El recinto se llenó de cadáveres empapados en la sangre que corría por el pavimento.

“Los cañones vomitaban metralla —dice el escritor belga—; metralla fuera del recinto fortificado, metralla en el interior de la iglesia; el incendio crujía sobre nuestras cabezas; estábamos rodeados de moribundos, de heridos que gemían clamando por un trago de agua que no teníamos; se escuchaban gritos de cólera, de dolor, de agonía. ¡Yo oí todo esto! Por intervalos el eco de las burlas salvajes de nuestros vencedores llegaba hasta nosotros a pesar del inmenso ruido del combate. ¡Oh, todo esto era espantoso! Hubo un momento en que creí que todos íbamos a volvernos locos de terror, de rabia impotente...”

En aquella hora se vio algo que es horroroso, inaudito; que parece imposible.

La esposa del general Régules y sus tres hijos fueron colocados por los belgas sobre la trinchera, a la vista y en medio del fuego de los republicanos...

¿Era aquello una infamia? ¿O sencillamente una cobardía?

El rostro de Régules se puso intensamente pálido... Sus labios lanzaron una imprecación espantosa y gritó:

—¡Adentro!...

Ya no eran simplemente gritos de indignación los que salían del pecho de los chinacos. ¡Eran alaridos de salvajes, era el rugir de la venganza, la maldición del exterminio!

Un hombre entre los asaltantes se desprendió de las filas y se adelantó hasta el parapeto; era un artesano de la ciudad,

el *sordo* Molina. Llegó al muro, brincó sobre él y ayudó a la madre heroína y mártir a bajar a su hijos y a descender ella misma. Las balas respetaron aquel sublime grupo. ¡Lo cubría la égida de la Providencia!

Se dio el último asalto. Los soldados trepaban como tigres sobre las fortificaciones y peleaban haciendo uso de sus fusiles como si fueron *macanas*. ¡La muerte, impía y satisfecha, contemplaba aquel cuadro de espanto y desolación.

El incendio, mientras, se había enseñoreado del edificio. Los belgas se replegaron al interior de la sacristía, a donde aún no habían llegado las llamas; quedaban todavía poco menos de trescientos hombres, decididos a vender caras sus vidas.

Por un momento reinó un profundo silencio.

“Repentinamente —dice Mr. Loomans—, imprevisto como una visión, un hombre a caballo apareció en medio del humo, entre los escombros convertidos en brasas; audaz, pero tranquilo, penetró en la sacristía, en donde nos hallábamos, dispuestos todos a disparar sobre cualquiera que se presentase.

“Este hombre, este jinete envuelto en un sarape de un color rojo escarlata, tenía un aspecto varonil, enérgico, y en aquel momento estaba imponente...

“¡Era el general Régules!

“Llevaba la espada inclinada hacia el suelo y el sombrero en la mano. ¿Cómo no recibió en aquel acto diez golpes de bayoneta? Es cosa que aún hoy día me pregunto.

“En voz alta y vibrante, nos dijo:

“—Seamos todos amigos... ¡Viva la libertad!

“Dimos un paso hacia adelante, volteando culatas arriba en señal de que cesaban las hostilidades.

“Pero el teniente Walton, que estaba más próximo a la puerta y que en casos como éste, era extremadamente desconfiado, detuvo nuestro movimiento, gritando:

“—¡Atención! ¡No hay que rendirse, este es un ardid de guerra!

“Y exasperado, iba a disparar su revólver contra el jefe enemigo...

“Afortunadamente, el capitán mexicano Miñón, que había combatido valientemente a nuestro lado, desvió el arma, y acercándose a Régules:

“—¿Cuáles son las condiciones de la rendición? —le preguntó en español.

“—Capitulación honrosa —contestó Régules.

“Esto era aceptable; nos constituimos prisioneros de guerra.”

Ya era tiempo. Apenas acababan de salir del recinto los prisioneros cuando se hundió el techo de la iglesia, produciendo un estruendo pavoroso; gigantesca columna de humo oscureció el espacio, y al desprenderse de lo alto del templo, se vio como un torbellino de chispas y de brasas encendidas que caían sobre los cadáveres que poco después quedaron carbonizados...

Reinó un silencio lúgubre.

Era la hora entre las diez y las once de la mañana. La victoria había coronado de laurel las sienas del general Régules.

El olor de la pólvora y de la sangre, el humo que saturaba el ambiente, el fragor del incendio, las pasiones que se exaltan siempre a la hora del triunfo, la gritería que por todas partes se alzaba, la ausencia de los vecinos de la ciudad que, encerrados en su hogar, dejaban desiertas las calles; todo hacía de aquella escena que pasaba en la plaza de Tacámbaro un cuadro indescriptible, aterrador y siniestro.

En medio de él se presentaron los prisioneros belgas, conducidos por un batallón. A su vista, la tropa prorrumpía en gritos amenazadores de venganza; algunos soldados cargaban sus fusiles; las soldaderas gesticulaban con furor pidiendo la muerte de los que traidoramente habían asesinado a sus hombres. Los mismos jefes y oficiales no podían dominar su odio. Acaso habría sido imposible a Régules contener el tumulto.

Pero en aquellos instantes se presentó ante la muchedumbre la noble esposa del caudillo, llevando de la mano a sus hijos... Todos callaron, y se oyó la voz tranquila y dulce de aquel ángel que dijo al general:

—Hijo, yo no quiero que les hagan nada a los belgas.

Y con esa facilidad que tienen las multitudes para cambiar sus sentimientos, y con esa generosidad propia del pueblo mexicano, apenas se escucharon aquellas santas palabras cuando todos clamaron perdón, lanzando vivas prolongados y entusiastas a Régules y a su esposa.

¡Los prisioneros estaban salvados!

Y sin embargo, hubo por nuestra parte un hecho injustificable. Antes de referirlo debemos recordar que el doctor Lejeune, médico militar de la legión belga, había sido quien aconsejó la prisión de la esposa e hijos del general Régules, y que alguno de los mismos prisioneros le imputaba haber

dado la orden de romper el fuego al estar izada la bandera blanca de parlamento.

Oigamos lo que acerca del episodio que estoy refiriendo dice Mr. Loomans.

“Cosa extraña; en el momento de nuestra salida de la iglesia se nos hizo formar en uno de los portales de la plaza; el doctor Lejeune iba y venía entre nosotros y nos regalaba cigarritos. Estaba pálido y parecía *terriblemente inquieto*.”

Con referencia a un testigo presencial, agrega:

“Después, y cuando los belgas estábamos ya alojados y el doctor curaba a los heridos, alguien lo llamó afuera, a una calle lateral. En ese momento llegó el coronel Jesús Gómez, y frunciendo el ceño se dirigió al médico.

—Doctor —le dijo— ¿cuál sería, según la opinión de usted, la manera más expedita de matar a un hombre?

“Lejeune calló un instante y luego contestó:

—Un tiro de revólver.

“Apenas había pronunciado estas palabras, cuando oímos una detonación y vimos caer a plomo al doctor. El coronel Gómez había puesto en ejecución la receta, y hecho pedazos el cráneo de Lejeune.

“Después de este acto de sumaria y fría ferocidad, Gómez se alejó...”

“Cuando recuerdo este lúgubre detalle, al mismo tiempo que los antecedentes que, se nos asegura, motivaron esta instantánea ejecución, no tengo corazón para hacer comentarios, y opto por correr el velo del olvido sobre esta aventura...”

El hecho aparece, en efecto, infame. Bueno será, sin embargo, decir que Jesús Gómez tenía la desgracia de embriagarse, y que su beodez, como la que lo embargaba en aquel día, era completa y lo trastornaba hasta la locura, motivo por que no tenía colocación en el ejército. Cuantos lo conocieron podrán ratificar este informe y afirmar, como yo lo hago, que Gómez era patriota en la extensión de la palabra, valiente y sufrido, y que cuando estaba en su juicio era generoso y atento en sumo grado. En aquella época siempre acompañó a nuestras tropas, sirviendo en cuanto se le ocupaba y peleando a la hora del combate como bueno. Jesús Gómez fue el último de los republicanos muertos en el sitio de Querétaro a la hora en que se tomó la plaza.

¿No podrán estas líneas atenuar, al menos, el asesinato del doctor Lejeune cometido por Jesús Gómez?

Al comenzar la tarde de aquel día llegaron a Tacámbaro los generales Arteaga y Riva Palacio. Era en los momentos en que Régules mandaba repartir un día de haber a los jefes, oficiales y tropa de su división. Hacía muchos días que no habían recibido sueldo. El general Arteaga ordenó que aquella suma fuese entregada a los prisioneros. Los vencedores no tuvieron ese día más que la *troncha* de costumbre. La comieron sin exhalar una queja.

Mientras estos acontecimientos pasaban, los vecinos de la ciudad espontáneamente levantaron los cadáveres para darles sepultura. Nuestras pérdidas fueron inmensas; los belgas, por su parte, vieron morir a muchos de los suyos, entre los cuales estaba el joven capitán Chazal, hijo del ministro de Guerra en Bélgica.

El general Arteaga dispuso que los prisioneros fuesen conducidos a Huetamo, en donde podrían ser más fácilmente vigilados. El caballeroso y valiente coronel Trinidad Villagómez fue el encargado de escoltarlos.

Antes de terminar estas líneas, debo decir que entre los prisioneros belgas había varios heridos de gravedad, los cuales suplicaron al general en jefe que no se les enviase al lado de los demás, por el temor de que el largo camino, lo insalubre del clima y la falta de elementos para su curación agravasen sus males. Así lo acordó Arteaga, y ellos espontáneamente suscribieron una protesta que publicó entonces *La República*, periódico oficial del Cuartel General del Ejército del Centro. Aquel documento estaba concebido en los siguientes términos:

“Los que suscribimos, encontrándonos heridos en esta plaza, por resultado de la acción de armas verificada en la mañana de hoy, y aceptando el ofrecimiento que el ciudadano general en jefe del Ejército Republicano del Centro nos ha hecho, de que permaneciésemos en esta plaza, por consideración a nuestro estado, por no poder caminar, y a las leyes de la guerra, nos comprometemos bajo nuestra palabra de honor a permanecer en esta plaza, y nos constituimos prisioneros de guerra del mismo ciudadano general en jefe, sin que podamos abandonar la plaza o hacer armas contra el ejército de la República, aun cuando sea invadida por tropas enemigas del mismo Ejército.

“En particular, el mayor comandante de la fuerza belga, que se hallaba en la plaza antes del referido hecho de armas,

se obliga y compromete bajo su palabra de honor a que los cuatro soldados que se le ha concedido estén a su servicio para asistirlo en su curación, permanezcan también en la plaza en calidad de prisioneros y sujetos a las mismas obligaciones que los demás heridos belgas que suscribimos, firmando ellos también esta protesta.

“Declaramos también que esta protesta la suscribimos sin coacción de ninguna especie, y sólo por la manifestación que nos ha hecho el ciudadano general, jefe del Ejército Republicano del Centro, de que sabe respetar las leyes de la humanidad y del derecho de gentes. Es dado en Tacámbaro de Codallos, a 11 de abril de 1865.— Mayor, *Tydgat*.— Capitán, *Sherimajeur*.— Teniente, *Carlot*.— Soldados, *Shvos*, *Pierre*.— Soldado, *Corthout*.— Sargento, *Delange*.— Soldado, *Briast*.— Soldado, *Peters*.— Soldado, *Spendress Joseph*.— Soldado, *Frevens Frederic*.— Clarin, *Desmit*.— Caporal, *Kalles*.— Soldado, *Ziffars*.— Soldado, *Jik*.— Soldado, *Kolback*.— Soldado, *Deyfin*.— Soldado, *Melker*.— Soldado, *Evrard*.— Caporal, *Van Ophyps*.— *Gorard*, caporal tambour.”

A pesar de esta protesta y sobre su palabra de honor, el mayor Tydgat y sus veinte compañeros se fugaron de Tacámbaro, incorporándose a la fuerza de De Potier, cuando este jefe, dos días después de los sucesos que acabo de referir, ocupó aquella plaza. Tydgat falleció a poco, a consecuencia de sus heridas.